

# ATENEOS LAW JOURNAL

## RIZAL Y EL ATENEO

*(Discurso pronunciado por el Senador Claro M. Recto en el banquete celebrado por la Asociación de Ateneistas en la noche del 19 de junio de 1952 para conmemorar el natalicio del Dr. José Rizal)*

*Señores:*

CUMPLO un encargo que he recibido del distinguido presidente de esta asociación de Ateneistas, el decano Deogracias Reyes, hablándoos en esta ocasión de un tema que debe tener para todos los Ateneistas un atractivo singular: memorias del Ateneo, porque las memorias son del tiempo pasado, y como dijo Jorge Manrique, cualquiera tiempo pasado fué mejor.

"Memorias del Ateneo," que vale tanto como decir "Rizal y el Ateneo," y viene de perlas asunto tan simpático, porque hoy conmemoramos el natalicio del primero y el más grande de los Ateneistas, José Rizal. La circunstancia de que Rizal dejó unas memorias, que tituló "Memorias de un estudiante de Manila," bajo el pseudónimo "P. Jacinto," hará menos difícil mi tarea. Una parte de ellas corresponde precisamente a los cinco años que Rizal pasó en el Ateneo, los tres primeros de 1872 a 1875, como alumno externo, y los dos últimos de 1875 al 14 de abril de 1877, en que se recibió de Bachiller en Artes, en calidad de interno o pensionista.

Frisaba en los once años cuando fué admitido Rizal al Ateneo, a la clase de primer año de bachillerato, hacia fines del mes de junio de 1872, poco después de celebrarse la fiesta del santo patrón de Calamba, San Juan Bautista, que, como se sabe, cae en 24 de junio, habiendo tenido que someterse a un examen de ingreso dado por el Colegio

de San Juan de Letrán. Venía de una escuela privada de Biñan donde había aprendido un poco de español, latín, y aritmética, de un maestro que se llamaba Justiniano Aquino Cruz, que, como todos los dómines de aquella época, hacía entrar la letra con sangre, y de quien Rizal daba esta descripción pintoresca: "Era un hombre alto, flaco, cuellilargo, y ligeramente encorvado, solía vestir camisa de *sinamay* hecha por tejedoras batangueñas, sabía de memoria las gramáticas de Nebrija y de Gainza y, por añadidura, tenía un suegro que se llamaba Juancho." Era tan severo, según Rizal, que raro era el día en que no le tendía sobre un banco para administrarle una buena ración de azotes. Y eso que Rizal, por su conducta y aprovechamiento, era modelo de escolares.

Rizal traza este bosquejo de sus tres primeros años de alumno externo del Ateneo (1872-1875) que transcribo *mutatis mutandis*:

Fuí presentado en el Ateneo Municipal al R. P. Ministro, que a la sazón era el P. Magin Ferrando. Al principio no quiso admitirme, sea porque había pasado el término, sea por mi constitución bastante endeble y por mi poca estatura: contaba entonces once años. Mas después, a instancias de don Manuel Jerez, sobrino del infortunado P. Burgos, \* \* \* se fueron allanando las dificultades y fuí admitido. Con qué fervor entré en la capilla de los Padres Jesuítas a oír misa, qué ruegos más fervientes dirigí a Dios!, pues en mi tristeza no sabía invocar a otro. Concluída la misa fuíme a clase en donde ví multitud de niños españoles, mestizos y naturales, y un jesuita que era el profesor: llamábase P. José Bech. \* \* \* Entre mis condiscípulos debo nombraros a algunos bastante interesantes: un joven de mi misma provincia, Florencio Gavino Oliva, de aventajado talento aunque de regular aplicación; un Joaquín Garrido, mestizo español, de poca memoria, pero mucho talento y aplicación; un Moisés Santiago, matemático y pendolista; un tal Gonzalo Marzano que era el "Emperador" de los "romanos", pues, habeis de saber que en los Colegios de los Jesuítas, para estimular a los niños había dos "imperios", uno "romano" y otro "cartaginés", constantemente en guerra, y cuyos primeros puestos se conquistaban por medio de "desafíos"; a mí me pusieron a la cola, porque apenas sabía el español, pero ya lo entendía.

Al cabo de una semana fuí ascendiendo. Un mes después

ya era "emperador"; ah!, qué gozo era el mío cuando tuve por primera vez una estampa como premio. En el primer trimestre gané un premio con la nota de sobresaliente, pero después me disgusté, por un cambio de palabras, de mi profesor, y no quise aplicarme ya más, lo que fué para desgracia mía, pues al fin del curso solamente conseguí accésit en todas las asignaturas, con nota de sobresaliente, sí, pero sin llevarme ningún premio. \* \* \*

Pasaron las vacaciones y tuve que volver a Manila a matricularme para el segundo año y buscar una casera en Intramuros, pues me cansaba vivir fuera de la ciudad. Encontré una en la calle de Magallanes, núm. 6, en donde vivía una señora vieja llamada Doña Pepay, viuda. Al fin de curso, me llevé una medalla y volví a mi pueblo.

Por este tiempo empecé a dedicarme, en mis ocios, a la lectura de novelas. Años atrás había leído "El Ultimo Abencerraje." Figuraos un joven de doce años leyendo "El Conde de Montecristo", saboreando los sostenidos diálogos y deleitándose en sus bellezas, y siguiendo pase a paso a su heroe en la preparación y ejecución de sus planes de venganza. So pretexto de que tendría que estudiar la Historia Universal, importuné a mi padre para que me comprase la de César Cantú, y Dios sabe lo que me aprovechó su lectura, pues apesar de mi mediana aplicación y mi poca práctica en la lengua castellana pude ganar premios en los trimestres y hubiera ganado la medalla si algunas equivocaciones en la lengua española, que por desgracia yo hablaba mal, no hubieran dado lugar a que el joven Gonzalo Marzano, europeo, me llevase ventaja en esta parte. \* \* \*

. . . En consecuencia no recibí más que el primer premio de latín, es decir, una medalla. Me retiré a mi pueblo descontento, apesar de que sabía que muchos hubieran bailado de gozo con algo menos. Mi familia resolvió ponerme como pensionista en el colegio. Ya era tiempo, pues empleaba muy poco en los estudios y frisaba ya en los trece años y todavía no me había dado a conocer de una manera brillante a mis condiscípulos.

Como resultado de esta disposición tomada por sus padres, Rizal estudió el cuarto y quinto año, esto es, los dos últimos cursos de bachillerato, como alumno interno del Ateneo. Fué quizás en ese tiempo cuando talló en un pedazo de "baticuling" y con un cortaplumas la pequeña imagen del Sagrado Corazón de Jesús que tanto influyó en la obra de su conversión cuando se la presentaron sus

antiguos profesores del Ateneo en las últimas horas que precedieron a su ejecución.

Doy a continuación, también *mutatis mutandis*, la parte de sus memorias correspondiente a este último período de su internado.

Entré, pues, en el colegio el día 16 de junio de 1875; mis condiscípulos me recibieron bien; el hermano ropero me designó una alcoba situada en el ángulo del dormitorio dando frente al mar y al malecón. Mi alcoba se componía de un espacio de unas dos varas cuadradas, un catre de hierro en el que pusieron mi cama; una mesita con una palangana, una silla y una percha. \* \* \* Mi poco dinero, que ascendía a unos ocho pesos, lo guardaba debajo de mi almohada. No íbamos a la alcoba mas que dos veces regularmente, una por la siesta para asearnos, y otra por la noche para el sueño. En los días de fiesta, por la tarde, nos vestíamos y nos íbamos a paseo. Lo demás del tiempo lo pasábamos en el salón de estudio, en el recreo, en las clases, en el comedor y en la capilla.

\* \* \*

Nuestro profesor era un modelo de rectitud, afán y amor al adelanto de sus discípulos; y era tanto su celo que yo, que apenas hablaba el español, al cabo de poco tiempo conseguí componer medianamente. Su nombre es Francisco de Paula Sánchez. Con su ayuda aprendí las matemáticas, la retórica y el griego con cierto aprovechamiento. Caía yo frecuentemente enfermo de calenturas apesar de nuestros ejercicios de gimnasia en los cuales era yo muy atrasado, bien que no era así en dibujo con un maestro digno de su nombre. Puedo tener el orgullo de decir que este año lo pasé mejor que nadie como estudiante, como hombre y como cristiano. Pasaron los diez meses, y gracias a Dios me llevé medallas, con gran placer de mi parte, porque con ellas podría yo pagar a mi padre algún tanto sus desvelos. \* \* \*

Volví después de tres meses al colegio y empecé de nuevo a estudiar, bien que la materia que aprendía era diferente. Estaba ya en quinto año, y era yo un filósofo. Tuve otros profesores, llamados P.P. Vilaclara, y Minoves, el primero de los cuales me quería muy bien y a quien fuí algún tanto ingrato. No obstante de estudiar yo filosofía, física, química e historia natural, y a pesar de haberme dicho el Padre Vilaclara que dejase el trato de las musas y diese un adiós por entero a ellas (lo que me hizo llorar), seguía en mis horas de

descanso hablando y cultivando el hermoso lenguaje del Olimpo bajo la dirección del Padre Sánchez. \* \* \*

Con el mismo éxito que el año anterior cursé el quinto pero bajo otras circunstancias.

Llegó el fin del curso; me llevé otras cinco medallas merced a la indulgencia con que me trataron mis superiores, y a mi no poca fortuna de ganarlas. \* \* \*

Habreis advertido que estas memorias, que escribió Rizal de su puño y letra con el esmero y cuidado que solía poner en todo, no eran un "diario", es decir, no constituían un relato hecho cada día de lo que le iba ocurriendo, sino, como su título indica, una narración de sucesos pasados según le fué posible, después de un tiempo, recordarlos. Constan de seis capítulos, y aparecen comenzadas el 11 de septiembre de 1878, es decir, año y medio después de concluidos sus estudios de bachillerato, y mientras cursaba en la Universidad de Santo Tomás el primer año de Medicina simultaneamente con el segundo de Filosofía y Letras. Nótese que al final del Capítulo VI, ocupando escasamente el espacio de media página en cuarto, y escrito, al parecer, con prisa y sin entusiasmo, como por quien quería despachar una tarea enojosa, hay un *addendum*, con el epígrafe de "Desde el enero de 1878 al diciembre del mismo." Esto indica que Rizal había comenzado, o estaba a punto de comenzar, la primera parte de las Memorias cuando escribió ese *addendum* donde alude a lo que él llama "acto de metafísica" que realizó, según él mismo, con mediano éxito, y a los exámenes que después hizo en dicha materia con nota de sobresaliente. Ya había terminado sus estudios en el Ateneo, y ese "acto de metafísica", que fué a principios de 1878, debió de celebrarse en la Universidad de Santo Tomás donde cursaba Filosofía y Letras.

El capítulo V, que corresponde a sus dos últimos años de internado en el Ateneo, aparece fechado 1.º de diciembre de 1879. Lo escribió, pues, cuando a la sazón cursaba el primer año de Medicina y el segundo de Filosofía y Letras en Santo Tomás. Empezaba a labrarse un nombre en literatura y nada había ocurrido en su vida

que entonces pudiera ser causa de la agonía espiritual que se revela en las angustiosas reflexiones y torturantes presentimientos que caracterizan esta última parte de sus memorias. Considero este pasaje el más interesante del documento.

... El día anterior a la distribución (de premios) atormentábame una idea, la más triste y melancólica que había sentido. Al pensar que tenía que dejar aquel asilo de paz en el cual se abrieron los ojos de mi inteligencia y mi corazón empezó a abrigar mejores sentimientos, caía yo en una tristeza profunda. La última noche, al dirigirme a mi dormitorio y considerando que aquella noche sería la última que pasaría en mi pacífica alcoba, porque, según me decían, el mundo me esperaba, tenía un cruel presentimiento, que por desgracia se realizó. La luna brillaba tristemente iluminando la farola y el mar, ofreciendo un silencioso y grande espectáculo parecía decirme que al día siguiente otra vida me esperaba.<sup>1</sup> No he podido dormir hasta la una de la noche... Amaneció y me vestí, oré con fervor en la capilla y encomendé a la Virgen mi existencia para que cuando pisase ese mundo que tanto terror me inspiraba, me protegiese. Distribuyéronse los premios, diérome al título de Bachiller en Artes, y creo que cualquier joven que tenga sus quince años, amado de sus compañeros y profesores, con cinco medallas y con el título de bachiller, sueño del estudiante de segunda enseñanza, puede darse por muy contento. Mas, ay, que no pasaba así! Estaba triste, frío y meditabundo. Lágrimas resbalaron por mis mejillas, lágrimas tributadas como en despedida del tiempo que pasó, de mi ventura que ya no volverá, de mi paz que se remontaba al Cielo y me dejaba solo en la tierra.

Fáltame ahora juzgar sobre los dos años que considero los más felices de mi vida, si es que la felicidad consiste en vivir sin cuidados enojosos. Qué había adelantado, esto es, qué había yo aprendido durante el primer año de mi internado? De lo que aprendí, qué había sacado?

Había entrado en el colegio niño todavía con escasos conocimientos de la lengua española, con un entendimiento medianamente desarrollado, y sin delicadeza casi en mis sentimientos. A fuerza de estudiar, de analizarme, de aspirar al más allá y de constantes correcciones íbame trasformando poco a poco gracias a los benéficos influjos de un celoso Profesor. Me hace hoy suspirar el recordar aquel estado de dulcísima tran-

<sup>1</sup>Contemplaba, desde la ventana de su alcoba de interno, el mismo paraje que diecinueve años después sería el escenario de su martirio.

quilidad en que se encontraba mi espíritu. Cultivando la Poesía y la Retórica había elevado más mis sentimientos, y los autores clásicos me mostraban una nueva senda por donde pudiera caminar para realizar mis aspiraciones. Yo no sé si mi estado actual me hace ver bello lo pasado y triste lo presente, pero lo cierto es que cuando era colegial nunca había deseado salir del colegio, y que ahora daría cualquier cosa para pasar esta terrible edad de la juventud. Habré sido como el arroyo que mientras sigue su delicioso camino entre sauces y flores sonríe y juguetea, y que al convertirse en torrente se despeña iracundo y turbulento hasta sepultarse en el mar?

Adios, pues, edad hermosa que fuiste en las tinieblas de mi existencia el breve crepúsculo que no volverá a brillar!

\* \* \*

Después de las vacaciones de aquel memorable año, mi madre me dijo que con lo que sabía, me bastaba ya, y no volviera más a Manila. Habrá tenido mi madre presentimiento de lo que me iba a suceder? Tendrá en efecto doble vista el corazón de las madres?

Tomemos buena nota de estas frases: "tenía un cruel presentimiento que por desgracia se realizó" . . . "oré con fervor en la capilla y encomendé a la Virgen mi existencia para que cuando pisase ese mundo que tanto terror me inspiraba me protegiese" . . . "lágrimas resbalaron por mis mejillas como en despedida del tiempo que pasó, de mi ventura que ya no volverá, de mi paz que se remontaba al cielo y me dejaba solo en la tierra" . . . "De lo que aprendí, qué había sacado?" . . . "Habré sido como el arroyo que, mientras sigue su curso entre sauces y flores, sonríe y juguetea, y que, al convertirse en torrente, se despeña iracundo y turbulento hasta sepultarse en el mar"? . . . "Adiós, edad hermosa que fuiste en las tinieblas de mi existencia el breve crepúsculo que no volverá a brillar! . . . "mi madre me dijo que no volviese más a Manila, que con lo que yo sabía ya me bastaba. Habrá tenido mi madre presentimiento de lo que me iba a suceder?"

Cualquiera diría, ponderando estas téticas meditaciones, que diputaría como profecías cumplidas o presentimientos realizados el historiador de nuestro tiempo, que

cuando Rizal se abismaba en ellas y las trasladaba al papel era en los días en que comía el amargo arroz del destierro. Pues no, estas melancólicas reflexiones, estas inquietudes y zozobras del alma frente a la cerrazón del futuro y las desazones de la vida, atormentaron a Rizal precisamente en la hora de mayor gloria para él, en la misma noche en que, entre los aplausos de la admiración, el regocijo de los padres, y la natural satisfacción del amor propio, recibió su título de Bachiller, *summa cum laude*, y cinco primeras medallas, y con el tesoro de una juventud—Rizal solo tenía dieciseis años—que despuntaba en una alborada de apoteosis. Y no fué ciertamente en 1891-1894, en Dapitan, ni en Fuerza Santiago, en diciembre de 1896, cuando y donde escribió esta parte de sus memorias, sino a los dos años de dejar el Ateneo, viviendo placidamente en una casa de estudiantes en Intramuros, cuando parecía suyo el porvenir, y la gloria, ya perceptible en la lontananza, le tendía los brazos como en una ofrenda de amor.

Qué sucesos nefastos habían creado en Rizal, amado de los dioses a los 18 años, ese complejo de malancolía y escepticismo, de desengaños y terror de infortunios futuros, ese sentimiento general de tragedia y frustración? Fué acaso el proceso de su madre, acusada de haber conspirado con un tío de Rizal, José Alberto, a base de un falso testimonio del alcalde de Calamba, para envenenar a un teniente de la guardia civil que mantenía relaciones ilícitas con la mujer del Alberto? No pudo haberlo sido. Rizal mismo califica el caso de "suceso harto desagradable y triste", y el efecto que en él produjo fué más bien de indignación que de tristeza. Además, su madre fué declarada inocente, gracias a la brillante defensa de dos abogados, Francisco Marcaida y Manuel Marzano, los de más fama en Manila entonces, según Rizal, y debido a que el Alcalde, en un arranque de arrepentimiento, hizo retractación.

Fuó acaso el incidente del pavo entre su padre y el lego que administraba la Hacienda de Calamba, que motivó el que a su padre le subieran el canon de la finca que tenía en arrendamiento, y el que se abriera proceso contra la familia de Rizal que terminó con su lanzamiento y la

persecución y proscripción de algunos de sus miembros, como Paciano Rizal, Estanislao Herbosa, y Manuel Hidalgo? Tampoco, pues tal suceso debió de ocurrir ya después de escritas estas memorias, y poco antes de embarcarse Rizal para Europa el año '82.

Sólo resta destacar, como causa probable de aquel abatimiento, un breve episodio sentimental, el mismo que sirve de asunto al Capítulo VI de las Memorias, y no es otro que el de su primer amor contrariado. Leyendo dicho capítulo se llega a la conclusión de que no estuvo más trastornado Don Quijote pensando en Dulcinea, que lo estuvo Rizal por una colegiala batangueña. Y eso que entre él y ella no hubo más que un cambio de miradas y alguna que otra frase de galantería cursi, un cucurrucho de *maní*, y una rosa de papel, de las que ella confeccionaba en la Concordia, que ella prendió a la cinta del sombrero de Rizal.

Direis, y diré con vosotros, que no había para tanto, viendo el caso desde esta lejanía del tiempo, y ante la precocidad de los jóvenes de hoy en esta materia de amores y amoríos. Pero si os poneis a reflexionar que Rizal, en su juventud, era morbosamente romántico y de una sensibilidad extremada, y que en aquella época, a su edad, el enamoramiento era platonismo puro, comprendereis que no era extraño que Rizal sintiese que el mundo se le caía encima cuando vió desvanecerse como un lampo aquella visión de su ensueño de poeta, cuando vió a aquella estrella que se había encendido en la soledad de su vida mudar de órbita para recorrer otros cielos y alumbrar otras existencias. Oid este párrafo con que Rizal comienza el Capítulo VI de sus memorias donde nos cuenta el mortal desengaño que padeció por aquellos inconfesados amores:

Despiértate, corazón, vuelve a encender tu apagada lumbre para que a su calor recuerdes aquel tiempo al cual no me atrevo a juzgar. Vé, mente pensadora, y recorre de nuevo aquellos lugares, aquellos momentos en que bebiste junto con el néctar la amarga hiel de los amores y desengaños.

\* \* \*

Ah, recuerdos alegres de un tiempo, hoy desgarradores

para mi corazón. Oh!, borraos de mi memoria ya que vez de traerme la dicha, avivais mi desesperación y mi escepticismo.

... Mi rebelde corazón, que quizás presentía lo que después había de ocurrir, se negaba aún a manifestarse, por consiguiente doblegar su cuello, temeroso tal vez de confiar su felicidad en tan frágiles manos. Ay!, por qué no he seguido los impulsos de mis presentimientos, y he seguido otro rumbo, fascinado por la melodiosa voz de esta sirena, mucho más terrible y poderosa que las de la antigüedad?

\* \* \*

... Concluyeron mis juveniles y confiados amores. Concluyeron mis primeras horas de mi primer amor, mi virgen corazón llorará por siempre el arriesgado paso que dió en el abismo cubierto de flores. Mi ilusión volverá, sí, pero indiferente, incomprensible y preparándome la primera decepción en el camino del sentimiento.

Aquel desengaño amoroso tenía para el adolescente Rizal todas las trazas de una tragedia espiritual, y era en su modo de sentir, la confirmación de los tristes presentimientos que le asaltaron en la misma noche en que el Ateneo le confirió con los máximos honores el título de Bachiller en Artes.

Cuando Rizal escribió sus memorias de estudiante sólo estaba en situación de percibir la causa inmediata de aquel su estado de animo en que imperaban el desaliento y la amargura. Las fuerzas históricas estaban aún elaborando en su oscuro laboratorio las sucesos que iban a determinar de un modo final el destino del gran Malayo que más tarde realizaría, al precio de su vida, la redención de su pueblo.

Sus presentimientos en aquella época a veces parecían remontar el presente para proyectarse sobre un futuro lejano de tragedias, pues, no nos dice acaso que concluido su bachillerato en el Ateneo, su madre le intimó que no volviese más a Manila porque ya era bastante lo que había aprendido, lo que le hizo entonces preguntarse si su madre tenía presentimiento de lo que le había de suceder? Así y todo, tales presentimientos no pasaban del estado de nebulosa en aquellos años de 1877 a 1880, y Rizal, en su

análisis de la situación, no era capaz de reconocer otra causa de sus padecimientos que la que hallaba más a mano: su primer amor contrariado.

El destino, indiferente al pensamiento y voluntad de los hombres, hizo cumplir inexorablemente sus leyes, y en Rizal hubieron de cumplirse las que desde la eternidad estaban escritas en relación con su misión en el mundo y el supremo ideal de su patria. Y se realizaron sus presentimientos, no como él había prematuramente, en su temprana juventud, sospechado, en forma de traiciones e incomprensiones de la mujer amada, sino, como él mismo los confirmó más tarde, ya en plena conciencia de su destino, cuando se abrazó a aquel apostolado patriótico que realizó con tal ardor y coraje que pudo prever el fin y término del mismo: la inmólación de su vida por la libertad de su patria.

Rizal se educó ateneista, y si hubo épocas en su vida en que no parecía serlo, murió, por la infinita misericordia de Dios, ateneista.

Fué obra de la fatalidad, o dicho sea en lenguaje ortodoxo, designio de la Providencia, que aquel Ateneo que formó a Rizal en las nobles disciplinas del espíritu y del entendimiento y en los dogmas y prácticas de nuestra religión, fuese también el que le reintegrara al seno de ella, para que muriese, como había nacido y se había educado, en la fe de nuestros padres sin tara de apostasía que fuese en desmedro de la gloria del mártir, del apóstol y del patriota.

Cuando en la mañana del 29 de diciembre de 1896, después de leérsele la sentencia en que un tribunal militar le condenaba a ser pasado por las armas, por el delito de rebelión, fué puesto Rizal en capilla, el capellán del regimiento de artillería le ofreció los auxilios espirituales, pero Rizal rehusó cortesmente aceptarlos. No había perdido la fe en Dios porque siempre fué un creyente, pero la había perdido en los preceptos de la religión y en la autoridad de sus ministros, y sólo confiaba en los juicios de su propia razón y acataba los fallos de su propia conciencia. Sabor de ello el Ateneo, destacó, unos tras otros, para batir

aquella fortaleza del racionalismo y librepensamiento, los padres de la Compañía que, por su sabiduría y experiencia y por razones psicológicas y sentimentales, fueron los más indicados para asegurar el éxito de tan difícil cometido. Entre ellos mencionaremos a los padres Becerra y Vilaclara, antiguos profesores de Rizal en el Ateneo, y al P. Vicente Balaguer, misionero que había sido en Dapitan donde le conoció Rizal en los días de su destierro.

Comenzaron a sitiarse presentándole la imagen del Sagrado Corazón de Jesús que había tallado cuando tenía catorce años siendo alumno interno del Ateneo. Rizal quedó conmovido y besó la imagen, pero la cosa no pasó de allí. La apelación que los jesuitas hicieron a Rizal con toda la vehemencia y la emoción de que fueron capaces no hicieron mella en aquel espíritu a quien los abusos y crueldades de un régimen colonial esencialmente teocrático habían vuelto escéptico.

Tras breves treguas los padres jesuitas, reforzados últimamente por el P. Faura, el famoso meteorólogo, continuaron el asedio, pero la batalla, más enardecida que nunca, permaneció indecisa. Dicen los jesuitas en su opúsculo *Rizal y su obra*:<sup>1</sup>

"... Los síntomas eran bien tristes; las esperanzas escasas. Por la mañana, al darle una medalla de la Virgen, la tomó más bien por cortesía, y dijo con frialdad: *Soy poco mariano*. ... Abordada la cuestión religiosa, Rizal habló, con reverencia, de Dios, de Jesucristo, de los Evangelios, y de la Sagrada Escritura: decía que él hacía oración, y que siempre pedía luz á Dios, porque sólo deseaba cumplir su santa voluntad. Parecía un novicio fervoroso. Pero observando sus frases y viendo que todo aquello lo podía decir un protestante, el P. Balaguer le estrechó con preguntas categóricas, resultando que Rizal no admitía la autoridad de la Iglesia romana ni del Pontificado, y tenía por regla de fe la Escritura interpretada según su criterio; en suma, que se guiaba con un criterio protestante al parecer, pero mezclado en realidad con el librepensamiento y un extraño pietismo. Apretado más, vino finalmente Rizal á decir que él se guiaba sólo por su entendimiento, y que no podía admitir otro criterio que el que la razón le había dado; añadiendo, con una sangre fría

<sup>1</sup> Retana, *Vida y escritos del Dr. Rizal*.

capaz de helar la sangre á cualquiera, que así iba á aparecer ante Dios, tranquilo, y que no cambiaría; porque de admitir otro criterio, Dios le reprendería por haber dejado el de la razón pura que le había dado. Manifestábase, pues, resueltamente librepensador.

"Hubo que entrar en discusión para demostrarle lo desalentado de su modo de discurrir. Rizal había leído todo lo escrito por protestantes y racionalistas, y recogido todos sus argumentos. Se discutió el criterio ó regla de fe y la autoridad de la Iglesia. Admitidas éstas, arguyó sobre la Escritura, sobre el disentimiento de San Pedro y San Pablo, sobre el poder de hacer milagros, sobre la *Vulgata* de San Jerónimo, el texto griego y la traducción de la versión LXX, sobre el Purgatorio, sobre las variaciones de las Iglesias protestantes; mencionó el argumento de Balmes contra ellas, que quería desvirtuar, y sobre todo, discurrir acerca de la extensión de la Redención, etc. \* \* \*

Como se ve, Rizal, no daba su brazo a torcer, hasta que el P. Balaguer, "queriendo dar fin a la discusión, atacó de frente diciéndole que si no rendía su entendimiento en obsequio de la fe sería condenado irremisiblemente y para siempre."

— "No, no me condenaré, repuso Rizal.

— "Si, arguyó el P. Balaguer. Irá Vd. al infierno sin remisión; porque, quiera o no quiera Vd., la verdad es intransigente en todos los órdenes, y mucho más en materias de fe.

— "Si por complacer a vuestras reverencias, replicó Rizal, yo dijese a todo sí, sin sentirlo ni creerlo, sería hipócrita y ofendería a Dios.

— "Ciertamente, dijo el jesuita; y no queremos eso; pero crea Vd. que es un dolor sin igual el ver a una persona amada que por obstinarse en el error se condena sin poderlo remediar. Vd. se precia de sincero, pero créame que si con dar nosotros los padres (sus antiguos profesores del Ateneo) la sangre y la vida pudiéramos salvar su alma, ahora mismo, sin dudarle, la daríamos antes que usted.

Todavía replicó Rizal:

— "Pero, Padre, qué quiere Vd. que haga si no puedo dominar mi razón?"

Y el P. Balaguer, dejando la dialéctica y la teología a un lado, hizo esta última apelación a Rizal que, como al punto se verá, fué de resultados decisivos.

—“Ofrezca Vd. a Dios el sacrificio de su amor propio y aunque le parezca a Vd. que obra contra su propia razón, pídale que le de la gracia de la fe. Dios le ofrece esa gracia a raudales; basta sólo que Vd. no la rechace.”

Y Rizal, vencido por aquellas palabras que, como argumento, no llegaban a la altura de los que nos suministran los más elocuentes tratados de dialéctica, pero que llegaron a lo más hondo de su corazón para inflamarlo en llamas de amor divino, pudo exclamar:

—“Pues, bien, Padre, esta noche pediré de veras a Dios la gracia de la fe.”

Y entonces los Padres Balaguer y Vilaclara se apartaron a un lado, y Rizal se puso a orar con todo el fervor y la devoción de que podría ser capaz aquel corazón sensible y aquella alma romántica, al igual quizás que como oró Jesús en Gethsemaní en la primera noche de su pasión. Y se obró en Rizal el milagro de la fe, el mismo milagro que tantas veces presenciaron los siglos para manifestarse no solo el poder de Dios sino también su misericordia, el mismo milagro que devolvió la vista a Longino y le hizo partícipe de la gran herencia celestial, el mismo milagro que en el camino de Damasco hizo a Pablo de Tarsos el más grande apóstol de la Cristiandad, el mismo milagro que de Agustín, el hijo de Mónica, hizo águila caudal para cernerse en los espacios del pensamiento, y erguirse después, centinela del dogma, sobre las torres de la Ciudad de Dios.

Después de orar mucho y ya reintegrado en nuestra fe sacrosanta, Rizal pidió confesarse, pero como le dijeran que no podía hacerlo sin antes suscribir una fórmula de retractación, la pidió con ansiedad, y después de discutir sus términos con el P. Balaguer y “quitar unas frases y añadir otras”, la transcribió de su puño y letra y la suscribió con mano firme, feliz de haber sacrificado su amor propio a la autoridad incontrastable de la fe.

El documento es de una legitimidad incontestable, y

la disidencia que ha levantado la ceguera del sectarismo la falsa creencia de que la conversión de Rizal a los dogmas de la fe católica menguaría su gloria de patriota mártir, no es de mayor efecto que el esfuerzo del huracán batiendo impotentemente á un acantilado.

Rizal abjuró de la masonería y se desdijo de todo lo que, según él, pudiera haber dicho que fuese contrario a su calidad de hijo de la Iglesia. Pero eso sí, no se retractó, porque la ortodoxia religiosa no riñe con el patriotismo, de cuanto dijo y escribió para escarnecer los vicios de aquel régimen y la pusilanimidad y culpable conformismo de sus propios paisanos, para defender la dignidad de la patria contra los malandrines que la ultrajaban, y para proclamar con los más viriles y patéticos acentos el derecho de su pueblo a una vida libre e independiente.

Cuando, camino del cadalso, dicen que dijo á los Jesuítas que le acompañaban, que la soberbia le había llevado a aquel trance, y que en España y en el extranjero se había perdido, Rizal sólo quería referirse a la pérdida momentánea de su vieja fe católica. Pero de ningún modo quería aludir a sus escritos y prédicas en cuanto con ellos armara el brazo de Bonifacio para llevar a cabo la gran obra de la revolución.

Bienhaya el gran patriota que formó de las magníficas enseñanzas de su Alma Mater un cuerpo de doctrina política con que hizo libre a su patria!

Bienhaya el Ateneo de Manila por la inmensa gloria que le cupo conservando a Rizal, en su juventud y en el instante de su muerte, en la fe de nuestros padres, y asociándole, para toda la eternidad, a Aquel que es “la Luz, el Camino, la Verdad y la Vida”.